

A la memoria de Juan Alcaide

Eras como un herido de la muerte
y ya llevabas un hambriento cáncer
en el alma.
Tus entrañas sufrían desgarrones
materiales.
Tus mejillas tenían palideces
de llanura,
como el trigo dorado por el sol.
Tus pupilas miraban lejanías
y horizontes.
Tenías arrebatos de ternura,
y arideces.
Cantabas siempre el pan de tu sudor,
el surco de tus llanos,
la noria de tus aguas,
¡tu cardencha!

Eras como un herido de la muerte
y ya llevabas un hambriento cáncer
en el alma.

Como un enamorado.

Y ahora calla la alondra en el barbecho
y ahora gimen las ruedas de la noria
y callan y enmudecen los trigales
y está de luto la llanura entera.
Porque ha perdido a su cantor.
Y la llanura era tu novia, Alcaide.
¿Es que no lo sabías?
¿No habías sorprendido su arrebato
cuando la acariciabas cada día
tiernamente?
Por eso está de luto
y llora tu partida.

Tú también la querías, Juan Alcaide,
y extendías tus brazos paternos
y estrechabas los surcos contra tí
como una madre estrecha en su regazo.
Te sobran entrañas para amarla.
Sobraba corazón
y aún faltaba llanura.
Y yo soy un extraño entre los surcos.
Por eso no he rezado ante tu tumba
ni he puesto mi laurel en tu corona,
porque soy un extraño
y la misma llanura que te abraza
me mira con desprecio.

Y ni siquiera puedo ser, Alcaide,
el pobre cuidador de la cardencha
que gime solitaria ante tu losa,
llorando amargamente
el cáncer que llevabas en el alma.

Sobraba corazón
y aún faltaba llanura.
Y ahora sobra llanura
porque has partido, Alcaide.
¡Ay, quién pudiera ser,
como tú, su cantor!

M. A.